

una privacion prolongada; comprendan que sufren por su causa, y que si hubieran tenido un poco de prevision no solo se hubieran evitado este sufrimiento, sino que se hubieran tambien procurado goces m y vivos.

Veamos como deberemos luchar contra una adquisividad muy desarrollada.

Si se nota en un niño una conducta opuesta á la que acabamos de manifestar, debemos estar seguros de que el instinto de la propiedad tiende á dominar, y por consiguiente estamos en el caso de combatirle por medios opuestos á los que hemos indicado; pero ordinariamente no es en la niñez sino en una edad mas avanzada cuando el instinto de adquirir y conservar suele estar mas pronunciado. Mas no se crea por esto que esta tendencia no existe anteriormente, pues que se puede observar desde los primeros años; pero agitan al niño en esta edad tantos sentimientos, tantos impulsos le sacan fuera de si, tantos cuidados le rodean, tantos seres se ocupan de él y están encargados de su destino, que no es extraño que no conozca muchas veces el precio de la propiedad, ni sienta la necesidad de adquirir como lo conoce despues que tiene en sus manos las riendas de su fortuna.

Por último, el fisiólogo no debe ignorar que toda pasion estrema es dañosa al organismo, y que la de la avaricia, lejos de sus- traerse á esta ley general, está mas sujeta que ninguna, porque el estado de ansiedad y de inquietud, estas emociones concentradas minan sorda pero fatalmente los órganos, y le roen por decirlo asi el pulmón como el buitre de Prometéo.

Tales son las *inclinaciones* de que nós habiamos propuesto hacer la historia fisiológica. Podriamos, como han hecho varios frenólogos, añadir la secretividad y aun la circunspeccion; pero creemos que la una y la otra contribuyen de tal modo á formar el carácter moral, que las hemos colocado entre las facultades morales, en donde nos haremos cargo de ellas.

DE LAS AFECCIONES.

Las *afecciones* son tambien necesidades instintivas, porque son asimismo ciegas, y tienen por base un fondo de egoismo; son, como las otras, impulsadas por el encéfalo, y no atributos del corazón.

Debemos sin embargo advertir, y no olvidar, que la palabra *corazon* se toma en un sentido metafórico.

Las *afecciones* son cinco: *amatividad*, *amor de los hijos*, *amistad*, *amor de los sitios* y *amor de la vida*. Estas, como ya hemos dicho, son tambien necesidades; pero mas elevadas que las anteriores; es de ir, que estienden mas nuestra existencia, y la dividen por decirlo asi con nuestros semejantes, haciendo nacer en nosotros las mas dulces y las mas tempestuosas pasiones. Las debemos los goces mas vivos y los mas fuertes sentimientos; entristecen lúgubremente la existencia, ó la embellecen con los atractivos mas seductores; y por último, ellas, mas que las otras facultades, hacen la felicidad ó la desgracia de nuestra vida. Consideremos, pues, cuán importante es aprender á dirigir sabiamente nuestras afecciones.

AMATIVIDAD.

La *amatividad*, amor fisico, erotismo, necesidad de la reproduccion, instinto de la propagacion, es una de las necesidades primitivas, conocidas desde muy antiguo, y tiene por objeto aproximar el hombre á la mujer, la union de los dos sexos, y cuyo resultado es la reproduccion. Asegura, por consiguiente, la existencia de la especie, de la misma manera que la nutricion asegura la del individuo.

Desde la infancia comienza esta necesidad á dar señales de vida; pero lejos de ser poderosa en esta edad, es por el contrario dominada por las demas. Solo en aquellos seres cuya existencia es efimera, se cumple precipitadamente esta necesidad, pues de otro modo la especie no podria conservarse.

En cuanto al hombre, que vive largo tiempo en el seno de la madre antes de ver la luz, que tanto tarda en llegar á su completo desarrollo, no está apto para dar la vida hasta que la suya y su organismo han llegado á su madurez, y la naturaleza sabe advertir á su tiempo de las nuevas funciones que tienen que llenarse. Llega despues una época en que se va haciendo menos exigente, hasta que por último se estingue, cuando las demas facultades son aun bastante energicas. El hombre ha cumplido su mision animal.

Seria fuera de nuestro propósito el que describiéramos los fenómenos de la pubertad en el hombre y en la mujer, y los efectos del amor: los que quieran detalles sobre estos puntos pueden estu-

diar las obras de fisiología y de costumbres. En cuanto á nosotros nos corresponde solo demostrar cómo falta esta necesidad á su objeto, por exceso, por perersion, ó por defecto; y cómo se porta ó debe portarse frente á frente con las otras necesidades.

Quando es debil, falta á la vida uno de sus estímulos mas poderosos; una especie de rudeza y de frialdad estan esparcidas en la persona; el hombre esta como afeminado, y en la mujer hay algo de masculino que parece confundir los sexos, ó bien conservandose los rasgos característicos de la diferencia de sexos; hay a.ejamiento, aversion y hasta horror del uno hacia el otro. Por otra parte, el inconveniente mas grave es que el hombre no sienta la necesidad de aproximarse á la mujer y vice versa; asi es que, si se ha tratado de una union, los esposos no experimentan la necesidad de aproximarse; su amistad se halla privada de la poderosa palanca de la pasion que la sostiene y eleva al mas alto grado posible en la vitalidad, y su union no tiene para animarse sin cesar la seductora necesidad del placer, ni se ven renacer en sus hijos.

Si la casalidad, si las circunstancias ha en que de dos esposos uno solamente peque por debilidad, ó casi por la nulidad de esta necesidad, las cosas pasan de otro modo, y el fisiologista tiene otros fenómenos que observar. Desde luego la necesidad de uno de los dos no está satisfecha suficientemente; en segundo lugar la otra se halla estimulada mas allá de lo que puede su organizacion; de aqui la languidez por una parte, por otra la estenuación y las enfermedades para los dos, si la fidelidad conyugal no se ha quebrantado. Digámoslo de una vez: no hay caso donde la razon y la voluntad puedan ejercer mas influencia, y de esto tenemos muchos ejemplos; pero aun son mas numerosos los contrarios, porque en las masas, no la razon sino el instinto es el que generalmente domina, y la sociedad sufre mucho con estas uniones mal cimentadas y reprobadas por la fisiología.

El caso de que acabamos de ocuparnos no es el solo en que la necesidad de la reproduccion no se satisface: las exigencias falsas, ó verdaderas, de nuestra organizacion social hacen muchas veces que un jóven, ó una jóven, sufran mas ó menos tiempo de la privacion de este estímulo no obstante su necesidad. El fisico parece, la razon se descompone muchas veces, porque sobre los vanos juicios de los hombres están los hechos reales de la naturaleza; por cima de sus instituciones están las leyes del organismo, y estas no sufren contradiccion. Condenar al hombre á vivir sin dar expansion á su corazon

en el seno de una esposa, á morir sin dejar en la tierra un hombre semejante á él, es violar la ley de la naturaleza, es insultar su obra maestra; es sustituir su voluntad á la voluntad del autor de todas las cosas, y pretender reformar la criatura; es en fin, el colmo del orgullo y del delirio.

Hasta ahora hemos hablado de la satisfaccion de la necesidad en sus justos limites. Veamos los efectos del abuso.

El hombre conoce que ha pasado mas allá de lo necesario, cuando en vez de sentirse mas alegre y mas fuerte, experimenta un sentimiento de tristeza, de languidez y de debilidad. Pero lejos de escuchar el hombre estos sabios avisos, sobre todo en cierta edad, ávido de goces, busca mil medios de reanimar las fuerzas aniquiladas, y despertar los deseos estinguídos, y estimula sus visceras, con las buenas comidas, las bebidas alcohólicas, y hasta con preparaciones farmacéuticas, ó bien estimula sus sentidos con imágenes lascivas, con entretenimientos del mismo género, y concluye por aniquilar, con repetidos excesos, toda su fuerza vital.

Bien cara se paga una vida de esta naturaleza: una porcion de enfermedades, una vejez anticipada, y una muerte prematura, son el resultado de ella.

Nada hemos dicho aun de la influencia de estos excesos sobre las facultades intelectuales y morales. Mucho antes que las alteraciones físicas lleguen hasta el punto que hemos indicado, ya padece la inteligencia, todo trabajo mental es penoso é imposible la atencion, todo lo sacrifica el hombre al placer: la vista de una mujer, su voz, su imagen, su recuerdo bastan para trastornar la razon, y su inteligencia está confiscada en provecho del instinto de la propagacion. Lo mismo sucede á las facultades morales: ni la amistad, ni el sentimiento del deber, son bastante freno para su insaciable deseo de gozar: todo lo sacrifica al goce del momento; lo mismo el honor que la amistad, y que la virtud, son victimas inmoladas en aras de esta pasion brutal; porque ciertamente es una necesidad ciega de la misma naturaleza que la del animal, cualquiera que sea el color con que se la quiera cubrir. Los excesos de este instinto conducen necesariamente á la infidelidad conyugal. ¡Cuantas veces se ha turbado la paz doméstica por dejarse arrastrar por esta pasion erótica! Si el hombre pensase en la bajeza con que abdica el gobierno de sí mismo cuando se abandona al impulso de sus sentidos, se avergonzaria y haria esfuerzos poderosos para reconquistar su libertad.

Es bastante raro ver en la mujer el mismo abuso que en el hom-

bre: las necesidades son naturalmente menos apremiantes en ella; así es más culpable cuando se abandonan sin freno y cuando no resiste obligándole á ello su deber.

La educación de esta necesidad no es una escepcion á las reglas establecidas hasta ahora. Rara vez, sin embargo, es preciso escitarla: casi siempre por el contrario, peca por exceso, pues bien está perversificada ó desnaturalizada.

Todo el mundo sabe cuánto daño hacen á la infancia las malas costumbres, cuyas escitaciones prematuras arruinan hasta en sus fundamentos al organismo, mal sentado aun en sus bases. En esto ciertamente, más que en nada, es preciso tener en cuenta el ejemplo y los funestos consejos, y apresurarse á separar estas perniciosas influencias; pero el fisiólogo debe tomar en consideración el desarrollo orgánico demasiado precoz, ó un predominio parcial de esta porción del encefalo. La gimnástica y el ejercicio de todo género, son los que se emplean con más eficacia con este objeto. Es muy raro que las malas costumbres resistan á este sistema de educación, seguido con perseverancia y secundado con instrucciones intelectuales y morales, adaptadas á la edad del niño. Sin embargo, en caso de perseverar, la medicina puede ayudar eficazmente, marchando por el camino que la enseña la frenología, y secundar de esta manera al sistema de educación.

FILOGENITURA.

La historia que acabamos de trazar nos conduce derechamente á bosquejar la del amor de los hijos ó filogenitura, que es otra afección más escentrica aun que la anterior, de la cual es el complemento.

La amatividad tiene más de instinto que de afección. La filogenitura, por el contrario, es más afección que instinto. El amor de los hijos es una necesidad natural del hombre, y el órgano que le representa existe en todos, diferentemente desarrollado, de modo que parece nulo en unos, en tanto que domina manifiestamente en otros.

Es muy notable que en el sexo que está llamado esencialmente á cuidar de los niños, se percibe esta facultad desde los primeros años, así que vemos á las niñas llenas de cuidados por su muñeca como lo estarán más tarde por sus hijos.

Veamos de qué abusos y aberraciones es susceptible esta facultad cuando falta á su mision. Advertimos que no entendemos nosotros por filogenitura un amor de los hijos fundado en el mayor ó menor mérito de estas débiles criaturas; esto seria asunto esencialmente de la inteligencia. Lo que nosotros llamamos filogenitura es un movimiento instintivo, que nos lleva hácia los hijos porque son niños, porque son débiles, porque no pueden vivir sin que una mano amiga los socorra. Gozamos viéndoles; no podemos menos de acariciarles, y nos conceptuamos dichosos si podemos procurarles algunos placeres, y serles útiles; deseamos tenerlos, y los adoptamos si la naturaleza nos los rehusa.

Se estrañará que una facultad consagrada enteramente al bien de la infancia le sea perniciosa por su demasiado desarrollo; mas, sin embargo, nada es mas cierto.

En efecto, el exceso de filogenitura es dañoso al que está asi organizado, y á los niños objeto de su afeccion. Se ha visto mas de una mujer, cuya esterilidad la desesperaba, volverse loca, ó caer peligrosamente enferma de una fatal melancolia; otras que tienen hijos, pero el exceso de su ternura hácia ellos las hace desgraciadas al menor accidente que les acontece, ó que ellas teman que les ha de acontecer; se entregan á un dolor profundo, y su constitucion padece considerablemente.

Pero lo que es mas sensible es que las primeras víctimas son los niños cuya voluntad se ejecuta servilmente, haciéndoles de un carácter insoportable. Habitados á no encontrar nunca resistencia, si se les presenta, no saben sobrellevarla, y entran en la vida sin conocer que tienen que luchar contra toda especie de oposiciones, que vencer todo género de obstáculos, sufrir injusticias, y afrontar todo género de envidias. Precisas le son armas para luchar, y no se les han proporcionado; es preciso tener una vida de continua guerra, y ellos no han vivido mas que en el seno de la paz. El hombre es el principal instrumento de su felicidad; es preciso que se la proporcione él mismo, y no la espere de los demas. Una madre demasiado cariñosa es, pues, el verdugo de su hijo.

Se ven con frecuencia padres y madres locamente idólatras de sus hijos, que en los momentos de sus inquietudes imaginarias, pierden completamente la voluntad, el carácter, olvidan las conveniencias sociales, y se entregan á actos de que no tardan en avergonzarse. Asi el amor de los hijos, llevado hasta el extremo, separa la facultad de su objeto primitivo, la vuelve contra si misma, y hasta hace per-

der al hombre su dignidad. Es preciso que la inteligencia enseñe al hombre cómo debe amar á los hijos, no por él, sino por ellos, y que se convenza de que, satisfaciendo á todos sus deseos, se les presenta la vida bajo un aspecto falso: es engañarles, ocultándoles las dificultades de la vida, como si mas tarde no tuvieran que encontrarse frente á frente de ellas. Es preciso que una voluntad fuerte dirija, á nombre de la inteligencia, las primeras acciones de los niños, y le haga contraer hábitos de independencia y espontaneidad.

En el interés de los padres, lo mismo que en el de los niños, está el reprimir los excesos de la filogenitura, y, por el mismo interés, se hace necesario activarla cuando está poco desarrollada.

A esto puede llegarse por medios indirectos, dirigiéndose á las facultades mas activas é interesándolas en el cumplimiento de los deberes de la paternidad y maternidad. Si hay bastante inteligencia, presentad la naturaleza falseada, enumerad las desgraciadas consecuencias del descuido de los hijos por los padres, y mostrad la cadena de desórdenes que se unen á esto. Los niños mal tratados, ó abandonados por sus padres, son malos en general, y, lejos de buscar la ocasion de serles útiles, se gozan en sus apuros, el odio ó el aborrecimiento reemplaza el dulce sentimiento del reconocimiento y de la piedad filial, y las leyes de la naturaleza son por consiguiente destruidas.

Los padres deben á sus hijos cuidados de todos géneros, y á cada instante les deben, no solo los primeros cuidados de la conservacion y de la subsistencia hasta que pueden procurársela, sino tambien buenos consejos, y mas aun buenos ejemplos. ¡Facultad admirable que impone al hombre el deber de ser moral en nombre de lo mas querido y le hace encontrar, entre sacrificios aparentes, gozes inestimables!

AFECCIONATIVIDAD.

De la facultad anterior deducimos la *afeccionatividad ó relaciones de amistad*, que nos conduce á amar á nuestros semejantes, á aproximarnos y á compartir con ellos nuestras penas y nuestros placeres, á vivir en fin doblemente en el seno de la amistad. No hay pasion mas pura que la amistad; no hay ninguna que produzca una felicidad mas tranquila; que traiga una calma mas profunda; que nos eleve mas, por los sentimientos generosos de que nos hace capaces;

por la confianza que nos inspira; no hay ninguna que se asocie mejor con todo lo que hay mas noble en nuestro ser, y que escite mas vivamente en nosotros el amor del bien y de lo bello, la necesidad de perfeccionarnos reciprocamente

Reunidos los niños en las escuelas, ó colegios, escojen sus amigos entre sus camaradas. Esta eleccion se fortifica con la edad, ó si no ha sido acertada, otra la reemplaza mas tarde, y el hombre formado se une á una, ó muchas personas, con las que simpatiza mejor.

La necesidad de la union es el principio de la sociabilidad y el eje de la sociedad; sobre el se fundan todas las demas causas de asociacion, porque el interés no bastaria á mantener la armonia; es necesario un instinto de reunion que la inteligencia se encarga despues de dirigir. Es la base de la amistad, considerándole como su punto de partida, pues que la amistad no puede existir sin é; pero concurren tantas otras nobles facultades á formar a que seria rebajarla, no viendo en ella mas que la satisfaccion de la necesidad de la union.

Esta necesidad, y no la *amatividad*, es el principio fundamental del *matrimonio*, tipo de la asociacion.

La necesidad de la union es la base del amor durable, precede á la de la reproduccion, la acompaña y queda despues de ella, constituye la fidelidad conyugal en el matrimonio, y perpetúa el amor con rasgos de amistad.

Seria salirnos de nuestro objeto, desarrollar aqui las condiciones de asociacion conyugal feliz; nos contentaremos con decir que juzgamos necesarios un cierto cruzamiento de organizaciones, no solamente en cuanto al temperamento y á la constitucion general del cuerpo, sino tambien en cuanto á la constitucion particular del cerebro; es decir, que creemos que es bueno que, por una justa compensacion, el predominio, ó la falta de ciertas facultades en uno, se compense por el defecto, ó predominio, de las mismas facultades en el otro; de modo que el hombre muy voluntarioso é irritable debe casarse con una mujer dulce y facil, y reciprocamente. Asi habrá conformidad, y el matrimonio sera la verdadera realizacion de la felicidad ideal.

Veamos ahora los efectos que produce la falta ó exceso de esta facultad. Hemos dicho que despierta en nosotros el amor del bien, de lo bello y la necesidad del perfeccionamiento reciproco. El hombre que no está así organizado, ni es afectuoso, ni vereis la sonrisa en sus labios, no se regocija viendoods, ni se entristece estando separa-